

en ejercicio su audacia y la sátira, despreciando lo que es santo. Á nadie extrañará, pues, que Voltaire diga que en la tierra hay dos categorías de gentes afortunadas: los imbéciles, que no comprenden la necesidad del vicio y del lujo, ni que esté fundada en la naturaleza humana la astucia empleada para engañar al hombre sencillo; y los que prefieren lamentar hipócrita y estúpidamente la corrupción mundana más bien que crearse una buena posición por la astucia ó la fuerza. ⁽¹⁾ Eugenio Sue dice que el Cristianismo no puede ser más injusto al condenar todos los vicios; basta darles el lugar conveniente y saber utilizarlos, para que se vea la utilidad y el bien que reportan á la humanidad. ⁽²⁾ La imperfección de los hombres, declara Helvecio, procede siempre de que se les aconseja hacer el bien por el bien. No debe temerse tener de una vez el valor de presentarles un estimulante vigoroso, el verdadero fin de toda acción, es decir, el placer sensual, ó para aterrarlos, el dolor sensible. En este caso sabrán bien encontrar lo que es bueno y justo, pues las grandes acciones obedecen al resorte de las pasiones fuertes. ⁽³⁾

5. La fábula de las abejas.—Ahora querríamos saber con qué derecho y con qué sinceridad podría el mundo protestar contra la célebre fábula de las abejas de Mandeville, que no hace más que presentar en términos velados, como más tarde lo hizo Voltaire en el *Mondain*, lo que todo el espíritu de los tiempos modernos, ó mejor dicho, el Humanismo de los tiempos antiguos y modernos reconoce como uno de sus dogmas fundamentales. ⁽⁴⁾

Se habla, dice Mandeville, ⁽⁵⁾ de un instinto innato en el hombre para la sociabilidad; sin embargo, la experien-

(1) Voltaire, *Le Mondain*, V. Gfrerer, *Gesch. des XVIII Jahrh.*, II, 553-555. Vorländer, *loc. cit.*, 599.

(2) Jul. Schmidt, *loc. cit.*, II, 477 y sig.

(3) Helvetius apud Vorländer, *loc. cit.*, 605, 607. Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, II, 250 y sig. *Anh.* CI-CIII.

(4) Schlosser, *Gesch. des XVIII Jahrh.*, (3) I, 444, 531.

(5) Las citas en Erdmann, *loc. cit.*, II, 1, 228, 235, *Anh.* XCI-XCVI, et apud Vorländer, *loc. cit.*, 425, 431.

cia demuestra que precisamente las cabezas más vacías son las que menos pueden estar en la soledad, cuando un hombre inteligente la encuentra preferible siempre; luego la sociabilidad no es un instinto de la naturaleza buena. El hombre no se relaciona con sus semejantes más que por mala inclinación y por egoísmo, porque no se basta á sí mismo y quiere explotar á los otros. En el estado de inocencia, es por lo tanto inferior al animal, que un natural instinto lleva siempre á unirse con los otros para formar rebaño.

Así, pues, por naturaleza no existe la filantropía en el hombre: sólo es bueno para otro por utilidad propia. ⁽¹⁾ La compasión no es más que el amor de sí mismo, es decir, el deseo de no tener disgustos; por eso esta cualidad se halla con mayor frecuencia en los hombres más débiles; pero al mismo tiempo que éstos son útiles para sí, perjudican á la totalidad. La compasión produce la pereza, destruye la afición al trabajo é impide el progreso de la civilización; ⁽²⁾ cuantos más hombres hay de esa especie, más perjuicio sufre la colectividad.

Por lo tanto, virtud y salud pública no pueden coexistir: puede suceder que haya virtudes entre los hombres, pero no pueden ser origen de un espíritu colectivo, feliz y poderoso, ni hacerle subsistir. La satisfacción y la economía son más perjudiciales á la industria, que la pereza. Avaricia por un lado, lujo y prodigalidad por otro, favorecerían más el bienestar, que el amor al trabajo: la ambición y el orgullo son mejores impulsos de la actividad, que toda reflexión moral. ⁽³⁾ Los celos y la envidia han contenido á más hombres y corregido á más esposos malos, que todos los sermones desde el tiempo de los Apóstoles. Son tan necesarios los vicios para la prosperidad de la vida pública, como el hambre en la vida ordinaria. Los hom-

(1) La Rochefoucauld. V. Vorländer, *loc. cit.*, 584 y sig.

(2) Spinoza (*Ethica*, 4, prop. 50) et Helvetius (apud Vorländer, *loc. cit.*, 606).

(3) J. H. Fichte, *Die philosophische Lehre von Recht, Staat und Sitte seit der Mitte des XVIII Jahrh.*, (*Ethik*, I), 543.

bres peores, los más desordenados, los más criminales, han favorecido muchas veces el bien común; cuando disipaban, cuando se apropiaban ó destruían lo que la aplicación de los otros había creado, mantenían á los pobres y aumentaban las rentas del Estado.

Querer limitar las pasiones con virtudes significaría, pues, comprometer fuertemente la salud de la humanidad, abstracción hecha de que semejante conducta sólo produciría hipócritas. Nadie es bueno por inclinación natural: sólo por la violencia, no por la razón, se hace á alguien bueno. El único medio de refrenar las pasiones es oponerles pasiones mayores aún; pero en lo concerniente á la colectividad, su fin está absolutamente en contradicción con el del individuo. Cuando es virtuoso cada uno, retrocede todo, y se destruye el bien común; en tanto que si cada individuo está lleno de vicios, la colectividad es un paraíso. Quien crea encontrarse mejor con la virtud puede ensayarlo, pero á condición, según dice con burla Voltaire, de familiarizarse nuevamente con las bellotas que eran el alimento de nuestros antepasados.

6. El testimonio de la historia acerca de los efectos de las pasiones y del mal.—Eso es hablar lealmente y con claridad; podemos, pues, contestar con palabras de la misma naturaleza, y no dejaremos de hacerlo. ¿Acaso esos grandes espíritus, cuyas palabras tanto venera la humanidad, vivieron en la luna? ¿Fueron condenados, como el asno de oro de Apuleyo, á caer siempre entre fieras y bandidos, en vez de caer dentro de la sociedad humana? En todo caso, no se adivinaría, en sus sabios discursos, si saben algo de la humanidad real y si estuvieron jamás en relación con los hombres. ¿No se hizo nunca la tentativa? Si la violación de los mandamientos de Dios, si los vicios deben hacer felices á los pueblos, verdaderamente podría creerse que tuvieron éstos frecuentes ocasiones de labrar su felicidad. La historia ofrece, por desgracia, ejemplos numerosos, pero basta para nuestro propósito citar algunos: la guerra del Peloponeso, las luchas por la

constitución de Atenas, las guerras civiles de Roma y la época del Imperio, el reino de los francos en tiempo de los Merovingios, la guerra de Treinta años, la Revolución francesa produjeron pasiones, y fuertes pasiones ciertamente.

Verdad es que hemos visto alabar la Revolución francesa como una de las épocas más gloriosas; que se hace derivar de ella el principio de la civilización moderna; que se pretende haber conquistado Francia mediante ella un lugar y una historia entre los pueblos civilizados; pero no son convicciones de inteligencias que juzguen á sangre fría; son cuestiones de gusto, en que, como suele decirse, nada hay escrito: tal vez ideas y farsas de genio, en que las gentes vulgares ó profanas carecen de derecho á emitir su opinión.

Nosotros, simples mortales, confesamos á riesgo de ser clasificados entre el vulgo por Maquiavelo y sus satélites, que no podemos familiarizarnos con la idea del estado de inocencia, de las delicias del paraíso y de la felicidad del género humano. Que quienes tengan valor para ello crean, pues, que la humanidad es felicísima cuando no violenta sus instintos, cuando se educa á su gusto, cuando se sustrae á toda disciplina más elevada; que los ciegos panegiristas de Nietzsche repitan su principio de que la civilización no puede prescindir de pasiones, de malicia y de vicios; ⁽¹⁾ que miren como solución única de la miseria social de la época ese grito de terror, eco del Darwinismo: Á la mar los débiles; ⁽²⁾ que declaren que el porvenir únicamente á los hombres animales pertenece, ⁽¹⁾ porque son los únicos bastante fuertes para afrontar la lucha por la existencia; pero no seremos nosotros á quienes se conquiste con huecas frases. Nuestra convicción es que una civilización que se desenvuelve por tales medios acabará mal y conducirá á la ruina, y creemos tener á favor nuestro el testimonio de la historia.

(1) Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, 324, N.º 477.

(2) Cf. Duboc. *Hundert Jahre Zeitgeist*, II, 125 y sig.

(3) *Revue des revues*, 1893, VII, 393.

7. Por qué se derrumban los Estados y las civilizaciones.—Este siglo ha visto en los dos imperios franceses cómo se desmoronó con la rapidez de un castillo de naipes un poder que se creía invencible; no fué más pronta la caída del poderío y de la civilización atenienses á la muerte de Pericles. ¿Cómo fué posible cambio tan súbito? La suerte, se dirá, se mostró infiel; palideció la estrella de aquellos grandes hombres; se agotaron, perdieron su aptitud. ¡Qué palabras! ¡La suerte! ¿debe, pues, contarse siempre con el éxito? Creeremos por tanto seriamente que Maquiavelo con su descripción desdeñosa comprendió la vida de la humanidad. Pero ¿acaso Napoleón en los años de su decadencia desplegó menos actividad, dió pruebas de menos talento, de menos experiencia de la guerra que cuando su estrella brillaba más cada día? ⁽¹⁾

¡No! En estas cuestiones hay que mirar más que la suerte ciega, la debilitación del talento ó el azar. La estrella de Atenas y la de Roma debieron palidecer, la suerte debió abandonar la creación de Pericles porque la habían abandonado la fuerza interna y la vida. Lo mismo sucede con las fundaciones de casi todos los grandes hombres; la semilla que habían esparcido dió frutos, pero cuando se siembran vientos y veneno, se recogen tempestades y la muerte. La base en que habían cimentado era ilusoria; cuando vaciló, todo el edificio se vino abajo. No fué el nacimiento de una pasión nacional; no fué el destino ciego, ni la mala suerte lo que hirió á Napoleón: sus propias faltas le derribaron. La cooperación en sus faltas fué también lo que dió en tierra con su colosal Imperio. Él mismo habia expresado la máxima, que después repitió con tanta frecuencia y convicción Víctor Cousin, ⁽²⁾ que en la guerra una gran desgracia indica siempre un gran culpable. Que haya en eso poco ó mucho de verdad, ⁽³⁾ y ciertamente la

(1) Häusser, *Deutsche Geschichte*, IV, 468 y sig., 500 530, 588 y sig., 750, 764.

(2) Gervinus, *Gesch. des XIX Jahrh.*, I, 8.

(3) Num., XIV, 41 y sig. Jos., VII, 13. Jud. II, 20 y sig.; III, 8; IV, 2; VI, 1. Ps., LXXVII, 59 y sig.; CV, 41 y sig. Agustín, *Civ. Dei*, 22, 6, 2.

háy, había en todo caso emitido su propio juicio al decirlo.

8. Los Estados y las civilizaciones que duran, sólo florecen por la verdad y la justicia.—Por eso llegamos de un modo natural á esta cuestión: ¿Cómo nacen las civilizaciones? ¿Cómo prosperan? ¿Cómo se conservan? Esta cuestión tiene afinidades con esta otra: ¿Cómo se funda, se favorece y se conserva la sociedad civil? Porque es evidente que la vida política y social es la parte principal en el progreso de la civilización.

No podemos menos de confesar que en este punto suele haber entre nosotros opiniones muy falsas y peligrosas: impresionados por el hecho innegable de que los cristianos somos con frecuencia aventajados por nuestros adversarios en el terreno del progreso puramente material, caemos fácilmente en el desaliento; nos cruzamos entonces de brazos, y decimos suspirando: No podemos hacer nada contra eso, ni hay esperanza de que podamos sostener honrosamente la lucha. El mundo dispone de muchos medios; en tanto que nosotros estamos en todas partes limitados por la conciencia y la ley de Dios, él no necesita guardar consideraciones, y puede escoger sus medios con entera libertad.

Al quejarnos así, caemos, sin darnos cuenta de ello, en las falsedades intelectuales que hemos censurado. ¿Creemos verdaderamente que el mundo alcanza mejor éxito en sus empresas por no tener trabas en la elección de medios? Bien se advierte aquí la facilidad con que el dios éxito turba la vista de la inteligencia; y si esto puede ocurrirnos á nosotros, ¿por qué asombrarnos de que los hijos del mundo juzguen como lo hacen? Pero procedamos de suerte que no perjudiquemos la justa apreciación de lo que es durable y eterno; no debemos perder esto de vista si queremos resolver acertadamente la cuestión.

Así, pues, ¿cómo se engrandecen los Estados y las civilizaciones? En este punto, la Sagrada Escritura nos da la única respuesta eternamente verdadera: La justicia ele-

va á los pueblos. ⁽¹⁾ Y no es solamente el espíritu de Diós quien habla así; lo dicen también la razón y la experiencia humana. Sin justicia, un país no es habitable, dice Aristóteles. ⁽²⁾ Si el hombre se separa del derecho y de la ley, se convierte en el más salvaje y peligroso de los animales; por eso deben marchar de acuerdo la justicia y el orden público. ⁽³⁾ Platón ⁽⁴⁾ é Isócrates ⁽⁵⁾ lo dicen también; y especialmente Demóstenes desenvuelve por modo admirable ese pensamiento en un pasaje que debe confundir no poco á nuestros historiadores de la civilización y á nuestros políticos. No es posible, dice, que la injusticia viva largo tiempo próspera: el mal dura poco; tal vez produce flores en abundancia y despierta esperanzas risueñas, pero repentinamente cae y desaparece con el viento. En un buque, en una casa, en todas partes, la base es lo que debe haber más sólido. Lo mismo sucede en cada acción y en cada vida; por consiguiente, cada Estado y cada civilización, deben tener por bases la verdad y la justicia para ser prósperos y felices. ⁽¹⁾ Hasta el maquiavélico Eurípides no puede menos de decir: «Y bien, vosotros los malvados, perseguid los honores, y amontonad el oro sin importaros que sea justa ó injustamente; por todas partes recogeréis la desgracia y la maldición». ⁽¹⁾

Pero si la justicia debe ser la base de toda prosperidad, ¿cómo entonces podemos explicarnos la existencia y la prosperidad de tantas civilizaciones y de tantos Estados que han sido edificados sobre la violencia y no sobre el derecho? No hablamos de los reinos de Alejandro, de Atila y de Tamerlán reducidos á la nada á poco de nacer; pero contémplese el Imperio Romano; ¿no es la prueba más sorprendente de que la justicia y la utilidad propia están

(1) Prov., XIV, 34.

(2) Aristót., *Polit.*, 3, 7 (12), 6.

(3) *Ibid.*, 1, 1 (2), 13.

(4) Platón, *Rep.*, 1, 23, p. 351, c.

(5) Isócrates, *De pace*, (8) 116-123.

(6) Demóstenes, *Olynth.*, II, 10.

(7) Eurípides, *Frag.*, 420 (Wagner).

muy alejadas una de otra en la vida pública? Practicaban toda suerte de injusticias para tener en seguida un pretexto y declarar la guerra; de ese modo, persiguiendo sin cesar el bien ajeno y apropiándose la fortuna de todos los pueblos, llegaron á la dominación del mundo únicamente por la rapiña. ⁽¹⁾

Y si fuera posible que una potencia disputase el primer puesto á los romanos en injusticia y violencia, es la Asiria; y precisamente este imperio fué el que duró más largo tiempo; no duró menos de 1300 años. ⁽²⁾ Citadnos, dicen, indicándonos tales hechos, en toda la historia universal un reino semejante en fuerza y extensión que haya practicado siempre la justicia y se haya mantenido por tantos siglos. ¿No habría sucumbido cien veces si hubiera seguido las doctrinas estrechas del catecismo, con las que se puede en caso de necesidad guiar un rebaño de carneros y dirigir una granja, pero no elevar una monarquía á un alto grado de gloria ni aun conservarla por mucho tiempo? ⁽³⁾

Esta manera de hablar es, para servirnos de las expresiones de Sócrates, uno de esos jirones agujereados con que pretenderían cubrirse los que prefieren la utilidad al derecho y á la justicia, sin comprender, sin embargo, lo que es verdaderamente útil; ⁽⁴⁾ está hábilmente escogida para engañar á los que no ven más profundamente ni más lejos, sino que se detienen en la superficie y se dejan cautivar por el momentáneo brillo de las palabras. ¿Qué son algunos siglos para la historia del mundo y para el reinado eterno de la verdad y de la justicia? ¿Hay una sola de esas civilizaciones que no haya sido vencida por la verdad desconocida allí? ¿Hay uno solo de esos imperios al que no haya puesto fin la justicia oprimida tanto tiempo? Con profundo sentido dijo Víctor Hugo: «Todo coloso tiene pies de arena». ⁽⁵⁾

(1) Lactancio, *Instit.*, 6, 9.

(2) Ctesias, 2, 17, 21 (Müller). Diodor., 2, 21, 8; 28, 8.

(3) Stenzel, *Gesch. des preuss. Staates*, IV, 385 y sig., cf. 36, 280 y sig.

(4) Platón, *Alcibiades*, 1, 10, p. 113, d. 114, e.

(5) Víctor Hugo, *Voix intérieures*, II, 7.

Fácil es encontrar la razón; los colosos son tan débiles, porque en la composición de su base entra muy poco de verdad y de justicia. Jamás un reino fundado solamente en la injusticia podrá subsistir, lo mismo que no se edifica una casa en el agua ó sobre un precipicio.

Y siempre será así; sin justicia, ningún poder habrá de prosperar ó existir de un modo durable, y sin verdad, ninguna civilización. No fué la crueldad bárbara, no fué la injusticia, lo que consolidó la dominación de los asirios, de los babilonios y de los otros conquistadores, sino la injusticia mayor de aquellos á quienes Dios les hacía castigar. ⁽¹⁾ En tanto que Asiria se dejó emplear como plaga y como instrumento de la cólera divina, estuvo floreciente; ⁽²⁾ pero cuando empezó á eximirse de ese mandato, el Señor retiró su mano, y Asiria fué ya como un volcán que, al quemarse, se derruye en sí mismo. ⁽³⁾ Ni la sabiduría ni el poder sirvieron ya de nada; no pudo luchar contra la injusticia, y se ahogó en el exceso de su iniquidad á pesar de tantos siglos de existencia. Lo mismo sucedió con la civilización romana y su dominación universal; lo mismo sucede, y lo mismo sucederá con cada nación. Serán eternamente ciertas las siguientes palabras de Víctor Hugo: A veces pasan entre las naciones elegidos malditos del furor supremo, por mucho tiempo victoriosos, armados como están del anatema, que al fin también los derriba. ⁽⁴⁾ Cuando quiere, Dios, que entrega el perverso al malo, quiebra el formidable juguete con que el universo era atormentado. ⁽⁵⁾

9. Falso juicio del vulgo acerca de la felicidad y la civilización de la humanidad.—Guardémonos, en estas cuestiones, de juzgar como el vulgo, cuyas miras son tan cortas. Cuando un hombre tiene pan todos los días, se envidia su felicidad, y cuando en un Estado algunos presun-

(1) Agustín, *Civ. Dei*, 4, 15. Sto. Tomás, *Regim. princ.*, 3, 7.

(2) Is., X, 5. Jer., LI, 20-23; XXVII, 8.

(3) Jer., 41, 25. Is., X, 7-16; XLVII, 6-15.

(4) Víctor Hugo, *Odes*, I, 11, 1.

(5) *Ibid.*, I, 11, 3.

tuosos absorben millones, y pisotean una muchedumbre de hombres para rodearse de inventos destinados á los refinamientos del goce y de la voluptuosidad, los historiadores hablan entonces de una época floreciente, y no del pueblo explotado y pisoteado. Pero una cosa es el éxito engañoso del momento y el poder exterior, y otra la verdadera prosperidad de los pueblos. ¿Quién, pues, valuará la dicha de la humanidad y la cultura del espíritu por el desenvolvimiento de cosas que se pueden contar y medir? ¿Acaso debe considerarse como feliz á un pueblo porque pueda dar, para realizar sus proyectos, millones á un conquistador como Asiria los dió á Nino? Juzgaremos que su felicidad llegó al colmo cuando lo superfluo, ó más aun, el sudor y la sangre de sus habitantes le sirven para levantar hacia el cielo pirámides, torres de Babel y pagodas; cuando con sus templos de rocas, de mármol, y sus laberintos rivaliza en magnificencia con la naturaleza; cuando con el canto y el baile, con la poesía y los teatros se aturde hasta olvidar sus sufrimientos?

En caso afirmativo debemos confesar que los malos contribuyen más que los buenos á la felicidad del género humano. No podemos negar que, ordinariamente, entre los que abandonaron á Dios se buscan más las comodidades exteriores de la vida, la habilidad terrena, la creación de muchos medios de poder, que entre aquellos que dirigen su pensamiento hacia el cielo. Los servidores del mundo, más satisfechos en este elemento, no piensan ni obran más que como si debieran quedar eternamente aquí abajo; no se les ocurre destinar una pequeña porción de su tiempo á buscar bienes superiores á los de la tierra; en consecuencia su espíritu y su corazón no piensan más que en establecerse aquí tan agradablemente como les sea posible. Ya el historiador fenicio Sankoniaton ⁽¹⁾ atribuye á la raza de los malos, siempre dispuestos á la guerra, la invención del arte de trabajar los metales y la arquitectura, la nevegación y el

(1) Philo. Bybl., *Fragm.*, 2, 9 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, III, 569). Eusebio César., *Præp. evang.*, 1, 10, 8, 9 (Viger, p. 35).